

noció que su vecino estaba loco»²⁷. Por supuesto que no me siento capacitado, desde el punto de vista clínico, para opinar sobre el tema de la locura de Don Quijote²⁸. Simplemente lo considero como un «discurso» distinto al de la no-locura. Pero si examinamos detenidamente el breve diálogo entre Don Quijote y el labrador, veremos que se presta a un jugoso y gustoso comentario.

El labrador da señales de sus pocas luces en el momento en que habiendo considerado loco a Don Quijote trata de «razonar» con su propio discurso de acuerdo con otra persona, que no solamente tiene otro, sino que está precisamente loco porque no puede regresar desde su discurso al discurso de la «normalidad». El problema consiste —y Pedro Alonso y sus semejantes apenas si pueden configurarlo— en que en la medida que el discurso de la locura es posible, al menos a nivel de discurso, el discurso de la llamada «normalidad» queda relativizado; pertenece cuanto más a la subjetividad de una mayoría, que como tal se considera normal, y que se impone en cuanto mayoría con unas u otras formas represivas, incluso con las más inicuas, sobre el discurso disidente. De hecho, el discurso de Don Quijote no es más disparatado que el de Pedro Alonso. Cada uno guarda su propia congruencia con los supuestos en los que se origina. Pero en el segmento temporal, tan breve, y en la soledad en que Pedro Alonso y Don Quijote dialogan, son solamente dos subjetividades —dos discursos— los que se enfrentan. Y es precisamente uno de estos discursos —el de Pedro Alonso— el que considera no válido el otro. ¿En qué absoluto puede fundamentarse para ello? Cuanto más, le respalda ese empirismo grosero que guía al instinto de conservación. Ese instinto que considera un triunfo la mera adaptación, y que segrega de esa sed de afirmación en la que crece la «ideología» más conveniente para que aquél se produzca. La llamada «normalidad» no es más que un ardid de la vida, una astucia de la sinrazón. Pero si bien se ve el asunto en ese temblor fugaz que es el transcurrir humano, el discurso de la normalidad —aquí el de Pedro Alonso— es tan relativo y, en el fondo, tan inane como el de don Quijote. Y si ese discurso quijotesco, en su confrontación con el mundo, comporta para el que lo formula apaleamientos, burlas, sufrimiento y derrota, ¿queda por ello refutado?²⁹ Más bien queda confirmado, en la medida que es ello precisamente lo que se busca para que tenga validez y congruencia. A la conciencia desventurada siempre le queda la libertad de hacer de la negación y de la derrota el argumento de su propio discurso. ¿Cómo se puede tener razón, según el mundo,

²⁷ Quijote, pág. 138.

²⁸ «El loco —escribe Foucault— entendido no como enfermo, sino como desviación constituida y sustentada, como función cultural indispensable, se ha convertido, en la cultura occidental, en el hombre de las semejanzas salvajes. Este personaje, tal como es dibujado en las novelas o en el teatro de la época barroca y tal como se fue institucionalizando poco a poco hasta llegar a la psiquiatría del siglo XIX, es el que se ha *enajenado* dentro de la *analogía*. Es el jugador sin regla de lo Mismo y de lo Otro. Toma las cosas por lo que no son y unas personas por otras; ignora a sus amigos, reconoce a los extraños...» (Ob. cit., págs. 55-56.) «Semejanzas salvajes» significa que para el loco existe una absoluta identidad entre signos y cosas.

²⁹ «Se piensa corrientemente —escribe Salinas— que esa determinación de Don Quijote de querer ahorrar las realidades foráneas a los esquemas interiores de las ideas, es propio de loco. Pero la voluntad quijotesca de que las cosas sean como él quiere, ¿constituye prueba de demencia? Al contrario: si se mira a la historia de la civilización moderna, se ve que precisamente se trata de eso, de que las cosas sean tal y como las queremos...» Ob. cit., pág. 79.

cuando lo que se quiere precisamente es no tener esa «razón»? ¿Cómo se va a triunfar cuando en el fondo no se quiere ese triunfo, cuando se tiene vergüenza de triunfar? Y no sólo por el precio que hay que pagar para obtenerlo, sino por el mismo significado, brutal y despiadado, que la palabra tiene³⁰. Pero dejemos la cuestión en este punto, ya que Don Quijote va a pronunciar aquel «Yo sé quién soy», a manera como el mismo Cervantes suspende en el momento más emocionante algunos de los capítulos de su novela.

No obstante, creo que es conveniente, antes de engolfarme en la famosa frase, comentar rápidamente algunas menudencias que el resto del capítulo contiene y que son de interés.

Así, en primer lugar, se debe destacar la inquina, fobia e incluso abominación, que puede considerarse como paradigma de la que nuestra sociedad suele tener por toda clase de libros, que tanto ama como sobrina profesan a los libros de caballerías. Ama, que además de trascordarse en el número de días que Don Quijote lleva fuera de casa, se despacha de esta guisa:

Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros que así han echado a perder el más *delicado entendimiento* que había en toda la Mancha.³¹

De donde se colige que Don Quijote era ya un personaje notable aun antes de darse a las aventuras andantes.

Luego será la sobrina, la que también encolerizada, se despachará a su gusto, trasluciendo en su perorata ese mezquino sentido positivista que ha sido proverbial en tantas mujeres españolas³². Y será el cura, a la manera que suelen hacerlo todos los secarios de todos los credos, el que decide poner remedio a la situación con la entrega a las llamas de los «descomulgados libros»³³.

Es entonces cuando «acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino», y cuando la bobalicona manera que le es propia, adopta en son de burla el discurso de la locura³⁴. A lo que sigue una nueva maldición para los susodichos libros por parte del ama³⁵, mientras el cura hace más firme su resolución de quemar los libros del caballero³⁶.

Por último, el capítulo se cierra con el significativo silencio de don Quijote, quien como Jesús ante la frívola curiosidad de Herodes, nada responde a las preguntas que se le hace. Será el samaritano pero simple Pedro Alonso, quien contará a su manera

³⁰ Un lector excepcional —Thomas Mann— vio así el meollo del asunto: «La historia es la realidad corriente para la que hay que haber nacido y ser apto y en la que fracasa la nobleza inadaptada de Don Quijote. Esto es simpático y ridículo al mismo tiempo. Pero ¿qué sería un Don Quijote anti-idealista, sombrío, pesimista, creyente en la fuerza, un Don Quijote de la brutalidad, que aun siendo así siguiera siendo Don Quijote?» De *Cervantes, Goethe, Freud*, Buenos Aires, 1961, pág. 30.

³¹ Quijote, pág. 140.

³² Quijote, págs. 140-2.

³³ Quijote, pág. 142.

³⁴ Quijote, págs. 142-3.

³⁵ Quijote, págs. 143-4.

³⁶ Quijote, pág. 144.

lo ocurrido ³⁷, cuando es ya inquebrantable la voluntad del cura en su propósito de quemar los funestos libros ³⁸.

Otras lecturas

Yo sé quién soy —respondió Don Quijote—, y sé que puedo ser, no sólo lo que he dicho, sino... ³⁹

Esta es la frase que considero solar en el capítulo, y que voy a comentar perfilando mis ideas al hilo de la lectura que otros críticos han hecho de ella.

Unamuno, en su «*Vida de Don Quijote y Sancho*» ⁴⁰, cayó sobre esta «sentencia tan preñada de sustancia», comentándola, en un raptó muy suyo, con palabras de subido entusiasmo. Unamuno ve en ella la conciencia que el «héroe» tiene de sí mismo, siendo a su vez la idea que del héroe tiene Unamuno muy parecida a la de Carlyle, y quizá aprendida de éste.

Puede el héroe decir: «yo sé quién soy», y en esto estriba su fuerza y su desgracia a la vez. Su fuerza, porque como sabe quién es, no tiene por qué temer a nadie, sino a Dios, que le hizo ser quién es, y como los demás no lo saben, cuanto él haga o diga se les aparecerá como hecho o dicho por quien no se conoce, por un loco. ⁴¹

Porque heroísmo, para Unamuno, es ser fiel, en un mundo hostil, a la misión a la que Dios nos ha llamado; y esta fidelidad supone, para el que en ella se mantiene, incomprensión y soledad. El varón heroico es ante todo un hombre de fe; esta fe le proporciona fortaleza y seguridad en sí mismo. No se confundan éstas con la arrogancia, pues el héroe, como pensaba el mismo Carlyle, es siempre el hombre de la inteligencia más clara, el corazón más fuerte, el más justo, el más sincero ⁴².

Quizá hoy puedan parecer las ideas de Unamuno excesivamente «idealistas», impregnados como estamos de ese difuso y vulgarizado marxismo que constituye un elemento muy señalado de la mentalidad de nuestra época. Pero de todos modos, el comentario unamunescó puede prolongarse aún en ondas de más alcance. Porque al decir Don Quijote «¡yo sé quién soy!», no dijo sino «¡yo sé quién quiero ser!» ⁴³. Esta reflexión de la conciencia sobre sí misma, es la autoconciencia; y esta galvanización de la persona en torno de la autoconciencia no es otra cosa que la subjetividad constituida en la única certeza. Y esa certeza subjetiva que constituye el ser-para-sí ⁴⁴, es la reflexión de la conciencia en sí misma. Pero esta reflexión implica una ruptura con la

³⁷ Quijote, pág. 145.

³⁸ Quijote, pág. 145.

³⁹ Quijote, pág. 138.

⁴⁰ Madrid, 1958, 2.^a ed., págs. 37 y ss.

⁴¹ Ob. cit., pág. 38.

⁴² Escribe también Ortega y Gasset: «Héroe es, decía, quien quiere ser él mismo. La raíz de lo heroico, pues, en un acto real de voluntad.» Ob. cit., pág. 135.

⁴³ Ob. cit., pág. 39.

⁴⁴ Quizá sea ya bastante perceptible el «tufo» hegeliano que exhala mi estudio, y quizá deba aclarar que este «hegelianismo» no pretende ser de escuela, sino de sugerencia y muy limitado a ciertos aspectos del capítulo IV de la *Fenomenología*.